

Carmen González Enríquez y Berta Álvarez-Miranda

Inmigrantes en el barrio. Un estudio cualitativo de opinión pública

(Madrid, Ministerio de Trabajo y Asunto Sociales, 2006)

Puede que el saldo global de la inmigración sea positivo hasta el momento y que la incorporación de trabajadores foráneos haya contribuido al auge económico de estos últimos años, aunque quizás no tanto como dicen algunos. En cualquier caso, parecería excesivo pretender que la inmigración favorece a todo el mundo. Acontece más bien que, directa e indirectamente, los inmigrantes favorecen a unos y perjudican a otros. Es de suponer que los inmigrantes mismos se benefician siempre, pues de otro modo no vendrían o, por lo menos, no se quedarían. Pero por lo que se refiere a los autóctonos, los que se llevan los beneficios no suelen ser los mismos que cargan con los costes. Las ventajas son para los empresarios y hogares que les dan empleo, para los caseros que les alquilan la vivienda y para los comerciantes que los proveen de bienes de consumo. Los costes son para quienes sufren su competencia por el trabajo y la vivienda y para quienes tienen que compartir con ellos tanto bienes públicos con coste marginal de utilización positivo (como el espacio urbano) como los bienes privados suministrados por el Estado (como la Sanidad y la Enseñanza).

En *Inmigrantes en el barrio*, Carmen González Enríquez y Berta Álvarez-Miranda dan la palabra en primer lugar a los que cargan con estos

costes, y luego contrastan sus puntos de vista con los de los inmigrantes que los producen. Ambos colectivos han sido seleccionados de barrios con fuerte concentración de inmigrantes en Madrid y Barcelona: con los nativos se han formado once grupos de discusión de ocho participantes cada uno. Los inmigrantes han sido entrevistados individualmente en número de 27, de los cuales 17 son sudamericanos, cinco marroquíes, tres rumanos, un paquistaní y un senegalés. Tanto las entrevistas como los grupos de discusión fueron organizados durante los primeros años del siglo bajo el patrocinio de varios proyectos formales de investigación. Con la metodología «cualitativa» del estudio se pretende complementar la información que se obtiene en los estudios «cuantitativos». En vez de cuestionarios cerrados a muestras representativas de toda la población, se deja hablar a la gente que convive a diario con los inmigrantes en zonas urbanas con incipientes procesos de formación de guetos, de modo que se puede apreciar la complejidad de las situaciones y de los sentimientos, más allá del simplismo con que necesariamente se ordenan las respuestas precodificadas de los cuestionarios cerrados. El precio, como recuerdan las autoras, es que no obtenemos información sobre la extensión de estos fenómenos.

La expresión «dar la palabra» describe muy apropiadamente la actitud de las autoras. Ellas se quedan siempre en un discreto segundo plano, muy en la posición de quien dirige sin interferir la expresión de sus sujetos. Esta discreta presencia resalta la eficacia con que presentan y ordenan la información en los cinco capítulos del libro. El primero es una densa introducción que, además de informar sobre los objetivos,

las muestras, el método, la génesis de los trabajos de campo y todo lo que puede ayudar a comprender la investigación en su contexto social e institucional, desarrolla la idea básica de que las ventajas e inconvenientes de la inmigración se distribuyen de forma heterogénea en la ciudad —lo que equivale a decir entre las clases sociales—. El capítulo segundo trata de la sensación de invasión y del temor que produce, sobre todo en las personas mayores y las mujeres, la combinación, por un lado, de una experiencia directa e inmediata, la ocupación de la calle por varones que hablan en lenguas desconocidas y deambulan en grupo, y, por otro lado, de una experiencia vicaria, las noticias de prensa sobre delincuencia protagonizada por extranjeros. La simple sensación de invasión es muy común y bastante uniforme; diversas gentes la elaboran luego de maneras muy distintas, produciendo interpretaciones y definiciones de la situación muy variadas. Entre los factores que producen esta variedad destaca el peso que logra en cada persona la mala conciencia de experimentar esa sensación primaria: ¿significa acaso que soy racista? La intensidad de los sentimientos de culpa y vergüenza sigue pautas sociales. La gente mayor y de menos nivel cultural expresa sus temores y aprensiones con menos inhibición que la gente más joven y educada, que se aplica más a reprimirlos y a elaborar mecanismos de defensa, entre ellos interpretar la sensación de miedo e invasión como una reacción irracional debida al desconocimiento o atribuirla al sensacionalismo de los medios de comunicación de masas. Incluso la gente de menor nivel cultural, no se arriesga a hacer públicas sus sensaciones sino tras intentar exorcizar el racismo —la muletilla «yo no soy racista, pero....».

Curiosamente, los inmigrantes, cuyas sensaciones están en principio libres de sospecha, coinciden con los más medrosos de los autóctonos. Ellos, por un lado, valoran mucho una seguridad pública mucho más alta que en sus países de origen y, por otro, aceptan que su primera y efectiva presentación pública no es en términos singulares, sino colectivos: se saben las primeras víctimas del daño que los delincuentes hacen a su imagen y aceptan que es sobre ellos, y no sobre los autóctonos, sobre los que debe recaer el peso de la prueba.

¿Escribí antes que *Inmigrantes en el barrio* da la palabra primero a los que pechan con los costes de la inmigración y luego a los inmigrantes *que producen* esos costes? Pues cometí una generalización excesiva, dado que la mayoría de los inmigrantes entrevistados *no* son varones o jóvenes que ocupen parques y plazas «escaneando» a las mujeres que pasan, ni mucho menos son delincuentes. Así que del mismo modo que los autóctonos se dividen a sí mismos en dos, los que sienten el miedo y los que censuran el sentimiento, también los inmigrantes se dividen a sí mismos en dos, los que producen el miedo y los que censuran su comportamiento, en sí y por el daño que les causa. Y —sorpresas que puede dar la buena investigación social— resulta que en la cuestión en disputa, que no es otra finalmente sino la de quién debe cargar con el trabajo de elaborar una imagen sin prejuicios de los inmigrantes, éstos tienden a culpar a sus conciudadanos con quizás no menos intensidad que los españoles a los suyos.

Me he desviado con estas consideraciones del texto del libro un poco más de lo que las auto-

ras se permiten a sí mismas, así que vuelvo al hilo de su narración. Estábamos en el trabajo social que neutralizaría el miedo y la reacción de rechazo a lo desconocido, consistente en esforzarse por conocer a los recién llegados, tanto genéricamente (su cultura) como individualmente. Se da la paradoja, sin embargo, de que la tal neutralización no puede ser sino parcial, pues el miedo y el rechazo se refieren al conjunto, mientras que el conocimiento y la aceptación son siempre particulares. Ésta es la trama del capítulo tercero del libro, que trata del trato cotidiano entre inmigrantes y autóctonos.

Una de las cosas que quedan muy claras en este apartado es cómo el rechazo que provoca la ocupación de las calles, el ruido y el hacinamiento en los pisos o el uso abusivo de parques y zonas deportivas convive con la aceptación de los vecinos o compañeros de trabajo a los que se conoce y trata personalmente. ¿Cómo se evita lo que parece inevitable diso-

nancia? Los discursos seleccionados por las autoras siguen dos vías, no necesariamente excluyentes. Una de ellas consiste en distinguir el individuo singular del fenómeno social. Puedo estar muy a favor del inmigrante individual, del buen vecino o del excelente compañero de trabajo y, al mismo tiempo, estar muy en contra de la inmigración en su conjunto, de la sobrecarga que produce en el espacio público la acumulación de vecinos o compañeros de trabajo como el mío. En suma, el problema no son los inmigrantes singulares, sino la cantidad de inmigrantes. Complementaria con ésta es la otra vía, la de evitar «meterlos a todos en el mismo saco» o «dejar que paguen justos por pecadores»; es decir, distinguir inmigrantes buenos, como los que yo conozco, de los que aparecen en la prensa como delincuentes*.

Si para los nativos basta con que el trato social sea formalmente correcto, los inmigrantes necesitan más. El trato personal y la integración

* Terminé de redactar este texto mientras en Alcorcón se desarrolla un conflicto entre bandas juveniles alimentado por el control de los espacios públicos. Tras los violentos disturbios del fin de semana del 20-21 de enero, Santiago Roncagliolo hace un reportaje para *El País*. Mario Glaser, profesor de Instituto, sobre las relaciones interraciales en su centro: «No, no se han deteriorado. Los chicos distinguen entre los inmigrantes de su aula y “los otros”. Sólo odian a los que no conocen». Sobre las personas mayores: «Cuando conversan con los periodistas, el encabezamiento de sus relatos es siempre el mismo. “Yo no soy racista”. Su principal preocupación es que se confunda su preocupación por la inseguridad con la xenofobia. Buena parte de su preocupación no proviene de su experiencia personal, sino de los medios de información. En la calle de Polvoranca, una vecina de unos 50 años explica mientras pasea a su perro: V. “Si los inmigrantes vienen a trabajar, todo bien. Pero cuando delinquen, eso no se puede aguantar”. P. “¿Conoce Vd. a algún inmigrante?”. V. “Claro, mis vecinos de arriba y los de al lado son ecuatorianos y chinos. Son gente estupenda. El problema no son ellos”. P. “¿Alguna vez la ha asaltado algún inmigrante?”. V. “No”. P. “¿Entonces, cómo sabe que los inmigrantes delinquen?”. V. “Pero bueno, ¿Vd. no lee los periódicos?”. Como esta mujer, mucha gente ha elevado un muro entre los inmigrantes de carne y hueso que conocen y su idea de los inmigrantes en abstracto: los inmigrantes del barrio y los del periódico» (Santiago Roncagliolo, «Tras las huellas de un combate. Un recorrido por la ciudad para bucear en las causas de los altercados del fin de semana», *El País*, sábado 27 de enero de 2007, p. 24). Nótese: 1. La semejanza de los discursos. 2. La insinuación de incoherencia por distinguir entre las personas y los fenómenos sociales. 3. La sugerencia del periodista de que la gente no debería hacer caso de la prensa. 4. La dificultad de reflejar la opinión pública sin criticarla.

de recién llegados en actividades comunitarias de *connubium* y *convivium* (por utilizar las expresiones de Weber) carece de interés para los nativos, que tienen hechas sus redes comunitarias, pero es muy importante para los nuevos, que tienen que crearlas. Los discursos de inmigrantes acotados en el capítulo tercero ponen de manifiesto con meridiana claridad esta asimetría inherente a la sociabilidad de los recién llegados. Algunos de ellos atribuyen a rechazo, frialdad e incluso racismo lo que no pasa de ser «pereza social»; otros, en cambio, reconocen la necesidad de «darse a conocer» y de cargar sobre sí mismos el trabajo de presentarse socialmente y hacer amigos, empresa que suele verse coronada por el éxito con mucha más facilidad cuando el objeto de las pretensiones es otro inmigrante igualmente solitario, y más todavía si se comparte con él lengua y costumbres. El recurso al grupo nacional es la primera reacción de todo inmigrante, y su primera consecuencia la formación de tantas comunidades como el número y la densidad permiten.

El capítulo cuarto trata de costes menos intangibles que los del trato social: los que conlleva la sobrecarga de los servicios públicos que, como la Sanidad o la Enseñanza, son en realidad bienes privados que el Estado proporciona con algún sistema de racionamiento. Cuando el racionamiento de estos servicios se realiza por medio de colas, como ocurre en la Sanidad, los costes adoptan la forma de tiempo, y la tensión que generan se manifiesta en las salas de espera de ambulatorios y urgencias; cuando el racionamiento tiene lugar ordenando a los solicitantes según la escasez de sus recursos, los nativos pueden resultar desplazados por los inmigrantes (por ejemplo, de las escuelas públi-

cas a las privadas) o simplemente excluidos (tal ocurre con las guarderías y ayudas para libros o comedor). Al contrario de lo que ocurre con los bienes públicos como el espacio, en este caso de bienes privados de provisión pública no hay distinción entre la inmigración en su conjunto y el inmigrante singular: puede que mi vecino no me haya quitado la plaza, pero seguro que ha contribuido a quitármela. Aquí los costes se perciben directamente, pues los inmigrantes se llevan lo que de otro modo sería mi puesto escolar, mi beca de comedor, mi puesto de guardería o, lo peor de todo, mi vivienda. Como bien registran las autoras, aquí laten dos ideas distintas: en un primer momento, la de que los inmigrantes no han contribuido con sus impuestos a crear esos bienes públicos y, además, si ésta no basta, la de que no forman parte de nuestra comunidad política. La sensación no es ya de invasión, sino de expropiación, y la reacción correspondiente es definir la frontera entre el «nosotros» y el «ellos» en el plano político. Como corroborando esta manera de ver las cosas, los inmigrantes se manifiestan (gratamente) sorprendidos no ya por su acceso gratuito a la Sanidad y la Enseñanza, sino por el hecho de que se los trate igual que a los nativos. «Si tú te toca, te toca, no tiene que esperar más si es inmigrante a que pase el otro», como dice una mujer marroquí. No hay realmente mucha complejidad en este asunto de los servicios sociales, en el que bien puede decirse que la «opinión pública» refleja fiel y directamente la realidad del dilema entre cantidad de inmigrantes y calidad de la acogida.

Quizás por eso, el capítulo quinto y último vuelve a la complejidad de las relaciones sociales tomando a los sujetos primero como moralistas

y luego como sociólogos. Como moralistas: ¿qué quieren decir con eso de que los inmigrantes deberían integrarse? «Integración» es un término ambiguo y polisémico como pocos. Las autoras ayudan un poco descartando por un lado la mera integración laboral, que se supone, y también la social, recién tratada en el apartado sobre el trato personal. Aun así, reducir la cuestión a lo que llaman integración cultural no termina de disipar los equívocos, y quizás se podría haber elaborado más una distinción fundamental, que los grupos de discusión dejan bien clara, entre lo público y lo privado. La integración que la mayor parte exige se reduce al ámbito de lo público, de lo que bien podría llamarse integración cívica: respetar las normas básicas de convivencia, tales como controlar el ruido, la música y las borracheras; evitar los abusos de los espacios públicos o respetar nuestras convenciones en el trato entre los sexos. No se pide a nadie que cambie los comportamientos que pueden quedar en el ámbito de lo privado, como las maneras de comer o la religión. Más aún, la dinámica de los grupos lleva a enfrentar la teoría con tres casos prácticos, las mezquitas, el velo y la financiación de clases de árabe, con resultados no muy distintos de los que producen los moralistas más profesionales: ningún problema con los lugares de culto, confusión con el velo, rechazo a financiar la enseñanza del árabe. La cuestión del velo —y, en general, la de las relaciones de género entre los musulmanes— pone a la vista que la distinción entre lo cívico y lo cultural es borrosa. Suficiente, empero, a mi parecer, para constituir el principio básico de integración, que podría funcionar incluso con la «resistencia» al intercambio cultural que los españoles reconocen algo avergonzados.

También en este punto crucial de definir las bases para el pacto de integración, buena parte de los inmigrantes entrevistados suenan como un eco de los españoles: conceden la obligación de aceptar las reglas de sus anfitriones y reclaman el derecho a conservar su religión sobre la base del respeto mutuo, sin desdeñar que los latinos se inicien en el flamenco mientras los españoles aprenden a bailar salsa.

Hasta aquí el diálogo sobre criterios morales. El paso de moralistas a sociólogos (el revés de la falacia naturalista) es casi imperceptible: basta con observar que se integran mejor quienes tienen una cultura más próxima —los latinos— que quienes la tienen más distante —los marroquíes y paquistaníes, que «agobian a las españolas en la calle con sus miradas y sus insinuaciones al tiempo que aíslan a sus esposas e hijas encerrándolas entre paredes y velos» (p. 131)—. Preguntados por el futuro, la mayoría de los españoles prevén la integración, ahora con el significado de integración social y cultural —no meramente cívica—, al menos a medio plazo. Con la excepción, otra vez, de quienes se resisten a la mezcla de los sexos, es decir, los musulmanes, para los cuales la densidad significa presión a la conformidad y enquistamiento en comunidades separadas.

Tanto en el papel de filósofos éticos como en el de sociólogos, los entrevistados resultan más que notables, tejiendo discursos de complejidad y matices muy superiores a los de políticos, creadores de opinión, filósofos profesionales y diseñadores de cuestionarios cerrados, todos ellos condicionados por la tendencia de la política a la bipolaridad. Tomada tan en serio la «opinión pública» como lo hace este enfo-

que cualitativo, resulta susceptible de mucha menos educación que muchos de sus autoproclamados educadores. Mucho más, desde luego, cuando los entrevistados hablan directamente de sus propios proyectos personales: quedarse en el barrio o cambiarse en cuanto puedan, los españoles (el tan temido inicio de la formación de guetos en la dinámica urbana); ahorrar y volverse o quedarse porque los hijos ya sean más de aquí que de allá, los inmigrantes. Sin duda, una parte del mérito ha de concederse al efecto mayéutico de los grupos de discusión y a la habilidad hermenéutica de las autoras, que por lo demás coronan el libro con un eficacísimo resumen, mucho mejor, sin duda, que el perpetrado aquí.

Carmen González y Berta Álvarez-Miranda se abstienen de comentar las conclusiones políticas de sus hallazgos empíricos, que apenas indican en la introducción, quizás por un entendimiento riguroso de la separación entre la ciencia y la política. Un recensor, en cambio, quizás no cumpliera debidamente su papel de intermediario crítico entre la obra y el lector si no se arriesgara a informar de la importancia práctico-política de los datos empíricos. Y más si el camino queda señalado en el breve prólogo escrito por Consuelo Rumí. La Secretaria de Estado de Inmigración apunta que la elaborada información empírica ofrecida en este excelente libro, además de comprobar que la inmigración genera en España los mismos fenómenos sociales que se han estudiado en otros lugares, puede servir para elaborar políticas que prevengan la formación de guetos. Tomo, pues, el testigo y continúo. Los inmigrantes, en efecto, tienen impactos muy distintos sobre los mercados y sobre las comunidades locales.

A su vez, estas dos esferas de la vida social tienen capacidades muy distintas de integración. Los efectos sobre los mercados son en su mayor parte beneficiosos; además, la capacidad de absorción de inmigrantes por la economía es ilimitada siempre que los salarios sean flexibles a la baja, como lo son abandonados a la lógica de los mercados. Para las comunidades locales, por el contrario, la mayor parte de los efectos son negativos; por mucho que se canten en abstracto las ventajas de la diversidad y las posibilidades de enriquecimiento que ofrece el contacto con gentes de otras culturas, lo concreto para los vecinos es el trabajo de informarse de las costumbres de los recién llegados, el esfuerzo de intentar comprenderlas, las inquietudes de arriesgarse a cambiarlas y el malestar de tener que aguantarlas. Y las comunidades locales, justo por esto, tienen una capacidad de integración limitada. Para la sociedad civil y para las comunidades locales, la inmigración es ante todo una fuente de tensiones. Además, a diferencia de la economía, donde un inmigrante adicional no produce sino un incremento del producto algo menor y un descenso de los salarios algo mayor que el anterior, en el subsistema social que Parsons llamaba de «integración societaria», los inmigrantes adicionales pueden apenas notarse hasta que uno más supone la gota que colma el vaso o la chispa que enciende la hoguera.

Si esto fuera así, y la lectura de *Inmigrantes en el barrio* disipa las dudas que pudieran quedar al respecto tras sucesos como los de El Ejido o Alcorcón, tomar como criterio para regular los flujos de inmigrantes la capacidad de absorción del mercado de trabajo es tanto como no tomar ninguno. Mucho antes de que el mercado de

trabajo dé señales de saturación las habrán dado los barrios, y ojalá no sean tales que muchos políticos no logren luego comprender cómo quisieron estar tan ciegos.

Julio CARABAÑA

Del jardín de las delicias
a la competitividad global.
Imaginación política y construcción
de la sociedad

**Wendy Larner
y William Walters (eds.)**

Global Governmentality.
Governing International Spaces

(London, Routledge, 2004)

**William Walters
y Jens Henrik Haahr**

Governing Europe.
Discourse, Governmentality
and European Integration

(New York, Routledge, 2005)

En la introducción del primer volumen de *Una historia del paraíso*, Jean Delumeau presenta el programa de investigación que le ha tenido ocupado en las últimas décadas: «En un principio quise saber qué temían nuestros ancestros occidentales, después lo que oponían a los peli-

gros por los que se sentían amenazados y que provenían de la naturaleza, de los hombres o del más allá. Sin embargo aún me faltaba revivir sus sueños de felicidad: es esto lo que intentaré hacer en *Una historia del paraíso*».

No sabemos si este historiador de las mentalidades ejerció alguna influencia sobre el pensador francés que dirigió su atención hacia las mentalidades del poder. Lo que está fuera de toda duda es el aire de familia de sus programas de investigación. Si Delumeau se ocupó de las representaciones del miedo, de la seguridad y de la felicidad, Foucault atendió a los diversos modos en que se ha pensado sobre el ejercicio del poder, concibiendo éste como el instrumento que permitiría a las comunidades políticas construir y mantener sus lazos de unión con el fin de alcanzar sus deseos de felicidad más anhelados, de protegerse de los peligros más preocupantes y así calmar los temores más insostenibles. La diferencia es que Foucault no se detuvo en el ámbito de las representaciones del poder, sino que además indagó en los medios, mecanismos, procedimientos, instrumentos, tácticas, cálculos, tecnologías, técnicas, vocabularios, formas de conocimiento a través de los cuales las autoridades diseñaban los programas de actuación que pretendían poner en práctica el conjunto de objetivos de gobierno y que conducirían directamente hacia el esperado bienestar.

Las mentalidades y las tecnologías del poder son, por tanto, los dos niveles en los que los estudios de la gubernamentalidad llevan centrando su atención casi desde el momento en que se publicara la lección que el maestro francés dio en el College de France en el curso